

PADRE RODOLFO SÁNCHEZ

IN MEMORIAM

Por P. MARTIRIÁN MARBÁN, h.c

Curas obreros

En el año 1980 me correspondió recoger en el aeropuerto de Madrid al padre Rodolfo Sánchez. No le conocía, pero enseguida me di cuenta de quién era, pues venía conversando, y de lejos se notaba su don de gentes, simpatía, y ancha sonrisa. Así que me dije “ese es”. No me equivoqué. Rodolfo Sánchez nació en Cueto, Holguín, en 1944. Tras su conversión, fue ordenado sacerdote. Profesa en la Congregación Hijos de la Caridad, y murió en un accidente de automóvil en 1982 en la provincia de Camaguey. Desempeñó el ministerio sacerdotal en Holguín y Manzanillo, Granma.



¿Quién fue Rodolfo, “El Negro Sánchez”, como gustaba llamarse a sí mismo?. El nos lo cuenta:

“Trabajé y luché con todo tipo de gente; fui aprendiendo lo bueno y lo malo de este mundo. Todo eso lo viví como un incrédulo; Dios no entraba en mis categorías mentales. Puedo decir que mi adolescencia y mi primera juventud las pasé en este ambiente, luchando por tener una posición de dinero holgada que me permitiera darme la buena vida; “la buena vida” en aquel tiempo, era y sigue siendo un poco así en ese ambiente, tener ron, carro y mujeres con quienes acostarse, al final una casita donde instalarse. Creo que yo viví intensamente esa época”.

Impresionado por la actitud evangélica del párroco de su pueblo, quién regala unos zapatos nuevos a un obrero descalzo, se convierte: *“Por primera vez vi que había uno que hacía lo que decía creer. Bien grande debía ser este Dios y muy bueno, cuando este cura vivía de esa forma. Ahí ya me puse a buscar a Cristo y lo encontré. De forma sencilla me convertí a la religión católica y un día alguien me metió la espina del sacerdocio y no me la pude sacar más nunca, por más que luché”.*

Entró en el Seminario, de donde ha de salir para el Servicio Militar. Una noche un recluta le despierta y le dice “Háblame de Dios”. De ahí en adelante se propondrá *trabajar para estar en medio de ese pueblo*. Por entonces conoce a los Hijos de la Caridad. Piensa que es una congregación en la cual podrá realizarse:

“El “háblame de Dios” me resonaba en los oídos y tenía que buscar darle respuesta a ese mundo. Yo sé lo que Cristo ha hecho en mí y veía que eso mismo podía hacer en este mundo. Por otra parte me sentía responsable de este mundo, pues de él salí. Sólo un equipo podía mantener esa fidelidad. Sólo no se podía seguir. Además de la perspectiva de un grupo de hermanos, esto es un elemento que me hizo pensar muy fuertemente en los Hijos como forma de vivir mi entrega total a Cristo en medio de mi pueblo”.

Efectivamente, desde que llegaron a Cuba en 1968 los Hijos de la Caridad, insistieron en vivir insertos en medio del pueblo, según se desprende del siguiente testimonio:

Era frecuente encontrarlos, en la cola de la placita, de la bodega, como obreros en un centro de trabajo, o simplemente conversando con cualquier vecino en la calle. Nunca antes se había visto un cura con pelo largo, en pitusa y pulóver, con sandalias sin medias, y ¡en moto! Aquello fue todo un acontecimiento. Eran reconocidos y apreciados como hombres enamorados de Jesús. Nos trajeron del mundo a la Iglesia, y nos llevaron de la Iglesia al mundo en una indisoluble unión en Jesucristo nuestro Señor. El trabajo pastoral organizado a todos llamaba la atención; el testimonio callado en sus centros de trabajo donde también se sentían pastores. Eran nuestros hermanos, nuestros amigos, hoy decimos una vez más: “Ellos son nuestros”.

Rodolfo encontró en los Hijos de la Caridad, la realización de todos sus sueños, el cauce de todas sus pasiones. Después de sus votos perpetuos escribía: “Yo estoy muy contento, yo soy Hijo, Hijo; y deseo para siempre ser fielmente el “esclavo del pueblo”. Yo me siento bien, yo me veo más próximo a ese pueblo que me llama y deseo que él me descubra como uno de los suyos... Recibo numerosos testimonios en el trabajo que me hacen percibir que estamos delante de un mundo que Dios ama con mucha atención y respeto.

Yo creo que el triple ideal del padre Anizán (fundador de los Hijos de la Caridad) corresponde muy bien a mis sentimientos profundos. He aquí lo que yo quiero vivir también mientras yo lleve sobre los pies mi esqueleto en este mundo”. Eso lo percibieron muy bien los que compartieron con él su vida, el trabajo pastoral, el ministerio de sacerdote obrero.



Valga otra anécdota. Sensibilizado con el trabajo social que yo realizaba entonces, me acompañaba, y ayudaba. Al dedicarme una talla, escribió junto al texto de Isaías 53,2b-3:

He aquí mi regalo, un Cristo feo, tosco, como el del Gólgota.

Explicaría después:

Sí, si te acostumbras a verlo bello, no sabrás reconocerlo en esos Cristos que te encuentras por ahí: Cristos feos, Cristos sucios, Cristos... Por eso quiero que este te sirva siempre para recordarte esos Cristos feos que te encuentras cada día.

. Creo que toda experiencia de sacerdote, obrero y pastor era para él una misma cosa. Sánchez era el Pastor de su taller y el obrero al servicio de la Iglesia. Misionero incansable por la reconciliación con nuestros hermanos marxistas y comunistas, sabía reconocer todo lo bueno y puro que hay en la vida y actitudes de los otros. Sabía, también, que sólo el amor de Jesucristo puede hacer habitable este mundo. Eso lo quemaba por dentro. Fue en su vida de trabajador un compañero amable y respetuoso, se ganó el cariño y el aprecio de nuestros trabajadores.

El padre Rodolfo me hizo descubrir el amor a los pobres, besarlos sin escrúpulos, a pesar de su mal olor. La primera vez que el P. Rodolfo vio a Beto, se le llenaron los ojos de lágrimas. Beto era un niño que no había tenido a nadie hasta ese día. Hay hombres que, a fuerza de entrega, logran hacer de su vida una comunión de amor.

Fue acogido y amado por los niños y los pobres debido a su alegría y sencillez; incomprendido y a veces hasta rechazado por los más adultos, por su profetismo, siempre confrontador, del compromiso evangélico en medio del pueblo; intelectual y práctico, brusco y sensible, violento y obediente, amante de los trabajos más rudos, del torno del taller, de la música y de las flores. Manifestó las contradicciones de una personalidad que había encontrado en Cristo la síntesis de su ser más profundo “*en el momento de la siega*”.

Rodolfo fue el hombre que se encontró un día con Jesús y no escatimó jamás un solo desasimiento frente a Él. Hombre surgido del pueblo y cuya vida fue ofrenda para Dios, ofrenda que el mismo pueblo ayudó a presentar porque se quedó entre la gente: conservó sus costumbres, su lenguaje, y por último, asumió su estilo de vida.

Construir el Reino era su gran lucha. Nos decía:

El Reino hay que construirlo aquí donde nos ha tocado vivir, el Evangelio es lo que cuenta. Tenemos que darte gracias, hermano y amigo Rodolfo por muchas cosas que nos enseñaste. Muchas de ellas sin hablar, salidas de la vida, de tu ejemplo diario con tus limitaciones de hombre y tu afán de tocar las estrellas. Tenemos que darte las gracias por enseñarnos a ver en tu torno de trabajo, como tu mismo decías “*tu confesionario*”; por convertir tu torno en ara donde entregabas lo mejor con tu trabajo y enseñarnos que ese es también camino de salvación.

Ya eres semilla, fructifica, crece y hazte presente en los hombres, mujeres y jóvenes; Vean ellos la vida como tú, y sirvan como tú. Tu muerte es un compromiso con nuestro pueblo, y tus hermanos. Muchos te imitarán, correrán detrás de las estrellas. Que la Virgen de la Caridad que tanto amaste, los ayude. Gracias, Rodolfo, padre Sánchez, por cubano, por sacerdote, por obrero.

¡Hasta la Resurrección, hermano!